

Piques

Piques

Sergio Gabriel Carbia¹ y Verónica Malah²

¹ Director de la Carrera de Especialistas en Dermatología, Universidad de Buenos Aires

² Médica Reumatóloga, Universidad de Buenos Aires

Dermatol. Argent. 2022; 28(4): 191-192

Contacto del autor: Sergio Gabriel Carbia

E-mail: sergiocarbia67@gmail.com

Fecha de trabajo recibido: 14/2/2022

Fecha de trabajo aceptado: 30/3/2022

Conflicto de interés: los autores declaran que no existe conflicto de interés.

No le quedaba, en verdad, tiempo para nada, máxima en los breves días de invierno. Subercasaux había confiado a los chicos el arreglo de las dos piezas, que ellos desempeñaban bien que mal. Pero no se sentía él mismo con ánimo suficiente para barrer el patio, tarea científica, radial, circular y exclusivamente femenina que, a pesar de saberla Subercasaux base del bienestar en los ranchos del monte, sobrepasaba su paciencia. En esa suelta arena sin remover, convertida en laboratorio de cultivo por el tiempo cruzado de lluvias y sol ardiente, los piques se propagaron de tal modo que se los veía trepar por los pies descalzos de los chicos. Subercasaux, aunque siempre de stromboot, pagaba pesado tributo a los piques. Y rengo casi siempre, debía pasar una hora entera después de almorzar con los pies de su chico entre las manos, en el corredor y salpicado de lluvia o en el patio cegado por el sol. Cuando concluía con el varoncito, le tocaba el turno a sí mismo; y al incorporarse por fin, curvaturado, el nene lo llamaba porque tres nuevos piques le habían taladrado a medias la piel de los pies. La mujercita parecía inmune, por ventura; no había modo de que sus uñitas tentaran a los piques, de diez de los cuales siete correspondían de derecho al nene y solo tres a su padre. Pero estos tres resultaban excesivos para un hombre cuyos pies eran el resorte de su vida montés. Los piques son, por lo general, más inofensivos que las



víboras, las uras y los mismos barigüis. Caminan empinados por la piel, y de pronto la perforan con gran rapidez, llegan a la carne viva, donde fabrican una bolsita que llenan de huevos. Ni la extracción del pique o la nidada suelen ser molestas, ni sus heridas se echan a perder más de lo necesario. Pero de cien piques limpios hay uno que aporta una infección, y cuidado entonces con ella. Subercasaux no lograba reducir una que tenía en un dedo, en el insignificante meñique del pie derecho. De un agujerillo rosa había llegado a una grieta tumefacta y dolorosísima, que bordeaba la uña. Yodo, bicloruro, agua oxigenada, formol, nada había dejado de probar.

HORACIO QUIROGA (URUGUAY, 1878-1937)

Horacio Silvestre Quiroga Forteza fue un cuentista, dramaturgo y poeta nacido en Salto (Uruguay). Tras el suicidio de su padrastro, viajó a París y al volver a Montevideo fundó, junto con varios colegas, el laboratorio literario “Consistorio del Gay Saber”. Tras la aparición de su primer libro (*Los arrecifes de coral*) y la muerte de dos hermanos por fiebre tifoidea, sufrió el desafortunado percance de escapársele un tiro y matar a su amigo cuando intentaba limpiar el revólver que utilizaría la víctima para batirse a duelo. La culpa por esta muerte absurda provocó que fuera a vivir a Buenos Aires, donde se desempeñó como maestro en el Colegio Nacional. Posteriormente, al acompañar en una investigación a Misiones a Leopoldo Lugones, se enamoró de la selva, hasta finalmente afincarse sobre la orilla del Alto Paraná, en 1906.

De su vasta obra literaria se destacan sus relatos, escritos con extrema crudeza, donde retrata la naturaleza en su faz terrible y brutal, enemiga incansable de los avatares de la existencia humana. Entre tantos, resaltamos: *Historia de un amor turbio* (1908), *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921) y *Los destruidos* (1926).

“El desierto”, cuento que da título al volumen, narra la vida de Subercasaux al enviudar temprana-

mente y tener que encargarse de la crianza de sus hijos pequeños. Debido a que su hogar estaba en la selva, las dificultades en ese infierno verde (y obsesivo de Quiroga) aparecen hasta alcanzar una fuerza espeluznante y lograr que el mayor miedo del padre se transformara en una cruel realidad.

Al final de su vida, estando internado debido a un cáncer terminal, se enteró de la existencia de una persona que estaba en estudio por presentar deformidades similares al “hombre elefante”. Tras conseguir que lo visitara, entabló una fuerte amistad con él, al extremo que fue quien presencié el suicidio del escritor tras ingerir un vaso con cianuro. Ya en esa etapa Quiroga no le temía a la muerte, como quedó patente en sus palabras: “Yo fui o me sentía creador en mi juventud y madurez, al punto de temer exclusivamente a la muerte, si prematura. Quería hacer mi obra. Cuando consideré que había cumplido mi obra –es decir que dado ya de mí todo lo más fuerte– comencé a ver la muerte de otro modo, ella significa descanso. La esperanza del vivir para un joven árbol es de idéntica esencia a su espera del morir cuando ya dio sus frutos”.

Entre sus frases destacamos: “Nada hay más bello y que fortalezca más en la vida que un puro recuerdo” y “Hasta las ideas más optimistas toman un coche fúnebre para pasearse por mi cerebro”.

BIBLIOGRAFÍA

Quiroga, H. El desierto. Disponible en: <http://www.ataun.eu/BIBLIOTECA GRATUITA/CI%C3%A1sicos%20en%20Espa%C3%B1ol/Horacio%20Quiroga/El%20desierto.pdf> [Consultado diciembre 2021], editorial Luarna [<http://luarna.com>], pp. 19-21.